

RALPH WALDO EMERSON

Naturaleza y otros escritos de juventud

Edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, 286 pp. (N ature, 1836, 1849)

El siguiente texto no es una reseña, sino un extracto: el primero de los "escritos de juventud" (pp. 91-112).

© Biblioteca Nueva, 2008

E

L ESCOLAR AMERICANO

Señor presidente, caballeros:

Os saludo al retomar nuestro curso literario. El nuestro es un aniversario de esperanza y menos, tal vez, de trabajo. No nos reunimos para celebrar juegos de fuerza o habilidad, como los antiguos griegos; para encuentros de amor y poesía, como los trovadores, ni para el avance de la ciencia, como nuestros contemporáneos en la capital británica y en las europeas. De lejos, nuestra fiesta es simplemente una señal amistosa de la supervivencia del amor a las letras en un pueblo demasiado ocupado para darle nada más a las letras. En sí misma es algo precioso como señal de un instinto indestructible. Tal vez sea el momento, cuando toca, de ser algo más; de que la perezosa inteligencia de este continente mire desde debajo de sus párpados de hierro y cumpla las expectativas aplazadas del mundo con algo mejor que la exhibición de su habilidad mecánica. Nuestro día de dependencia, nuestro largo aprendizaje de las enseñanzas de otras tierras, ha terminado. Los millones que a nuestro alrededor se apresuran a vivir ya no pueden alimentarse de los secos restos de cosechas ajenas. Se suceden acontecimientos y acciones que han de ser cantados, que cantarán por sí mismos. ¿Quién duda de que la poesía revivirá y regirá en una nueva

época, como la estrella de la constelación de la Lira que ahora brilla en nuestro cenit y que, según los astrónomos, será un día la estrella polar durante mil años?

A la luz de esta esperanza, acepto el motivo, que no sólo la costumbre, sino la naturaleza que nuestra asociación parece prescribirle a este día: el *escolar americano*. Año tras año venimos aquí a leer un nuevo capítulo de su biografía. Investiguemos qué luz han arrojado sobre su carácter, sus deberes y sus esperanzas los nuevos días y acontecimientos.

Es una de aquellas fábulas, que desde una antigüedad desconocida aportan una sabiduría inesperada, que los dioses, al principio, dividieron al hombre en hombres para que fuera más valioso para sí mismo, igual que la mano se dividió en dedos para servir mejor a su propósito.

La vieja fábula encubre una doctrina aún más nueva y sublime: que hay un *hombre*, presente en todos los hombres particulares sólo de una manera parcial o mediante alguna facultad, y que debemos aceptar toda la sociedad para encontrar al hombre completo. El hombre no es granjero, ni profesor, ni ingeniero, sino todo. El hombre es sacerdote, y escolar, y estadista, y productor, y soldado. En el estado social o *dividido*, esas funciones se reparten entre los individuos, cada uno de los cuales se limita a hacer su parte del trabajo conjunto, mientras los demás hacen la suya. La fábula implica que, para poseerse a sí mismo, el individuo ha de volver de su trabajo para abrazar a los demás trabajadores. Pero, por desgracia, esa unidad original, esa fuente de poder, se ha distribuido hasta tal punto entre las multitudes, se ha subdividido y diseminado tan minuciosamente, que no hay modo de reunirla. Los miembros del estado social han sufrido la amputación del tronco y andan pavoneándose como monstruos andantes: un buen dedo, un cuello, un estómago, un codo, pero no un hombre.

El hombre se ha metamorfoseado en una cosa, en muchas cosas. Al plantador, que es el hombre enviado a los campos a procurar el alimento, no le alegra la idea de la verdadera dignidad de su ministerio. Contempla su cesto y su carreta, sin ver más allá, y se hunde en el granjero, en lugar del hombre en la granja. El mercader no le concede un valor ideal a su trabajo, llevado por la rutina de su oficio, porque el alma está sometida a los dólares. El sacerdote se convierte en un rito, el abogado en un estatuto, el mecánico en una máquina, el marinero en la sogá de un barco.

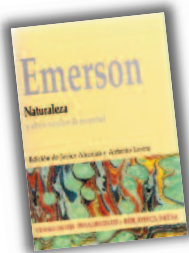
En esta distribución de funciones, el escolar es la inteligencia delegada. En el estado verdadero sería *el hombre que piensa*. En el estado degenerado, víctima de la sociedad, tiende a ser un mero pensador o, aún peor, el loro del pensamiento de otros hombres.

Toda la teoría de su oficio se encuentra en esta perspectiva del escolar como hombre que piensa. La naturaleza le solicita, placenteramente, todas sus imágenes ejemplares. El pasado le instruye. El futuro le invita. ¿No es, de hecho, todo hombre un estudiante y no existen todas las cosas para provecho del estudiante? ¿No es, al cabo, el verdadero escolar el verdadero maestro? Pero, como dice el viejo oráculo, "todas las cosas tienen dos partes; cuidado con la errónea". En la vida, demasiado a menudo, el escolar yerra con la humanidad y echa a perder su privilegio. Veámoslo en su escuela y observémoslo en referencia a las principales influencias que recibe.

I. La primera en el tiempo y la primera en importancia de las influencias que recibe es la de la naturaleza. Cada día el sol y, tras el atardecer, la noche y sus estrellas. El viento que sopla, la hierba que crece. Cada día, hombres y mujeres que conversan, que miran y son vistos. El escolar asiste con añoranza y admiración a este espectáculo. Ha de darle su valor. ¿Qué es la naturaleza para él? No hay un principio, no hay un final a la inexplicable continuidad de esta trama de Dios, sino un poder circular que vuelve siempre a sí mismo. En ello encuentra el parecido con su propio espíritu, cuyo principio, cuyo final no encuentra, tan



LIBROS



RALPH WALDO EMERSON Naturaleza y otros escritos de juventud

íntegro e ilimitado. Lejos, también, mientras dura su esplendor, un sistema irradiante tras otro, arriba, abajo, sin centro, sin circunferencia; en la masa y en la partícula, la naturaleza se apresura a rendir cuentas. Empieza la clasificación. Para el joven, todo es individual y se sostiene por sí mismo. Poco a poco aprende a unir dos cosas y ve en ellas una sola naturaleza; luego tres, luego tres mil, hasta que, tiranizado por su propio instinto unificador, sigue vinculando cosas, reduciendo las anomalías, descubriendo raíces que corren bajo la superficie y que dan coherencia a cosas contrarias y remotas, que florecen en el tallo. Se da cuenta de que, desde el alba de la historia, ha habido una constante acumulación y clasificación de hechos. Pero ¿qué es la clasificación sino la percepción de que esos objetos no son caóticos, ni foráneos, sino que siguen una ley que también es una ley para el hombre? El astrónomo descubre que la geometría, pura abstracción humana, es la medida del movimiento planetario. El químico encuentra proporciones y un método inteligible en la materia, y la ciencia no es otra cosa que el hallazgo de la analogía, de la identidad en las partes más remotas. El alma ambiciosa se sitúa ante cada hecho refractario; una tras otra reduce las constituciones extrañas, los nuevos poderes, a su clase y ley, y sigue animando hasta la última fibra de organización, en las afueras de la naturaleza, por medio de la intuición.

A él, a ese muchacho bajo la bóveda del día, se le sugiere que él y la naturaleza proceden de una raíz; una es la hoja y el otro la flor; la relación, la simpatía recorren cada vena. ¿Qué es esa raíz? ¿No es el alma de su alma? Un pensamiento demasiado osado, un sueño demasiado salvaje. Sin embargo, cuando esa luz espiritual haya revelado la ley de naturalezas más terrenales, cuando haya aprendido a rendirle culto al alma y a ver que la filosofía natural que ahora existe es sólo una insinuación de su gigantesca mano, mirará hacia delante hacia un conocimiento que se extiende cada vez más hasta convertirse en creador. Verá que la naturaleza es lo opuesto del alma y se corresponde a ella parte a parte. Una es el sello y la otra la impresión. La belleza de la naturaleza es su propia belleza. Sus leyes son sus propias leyes. La naturaleza se convierte en la medida de sus logros. Lo que no sepa de la naturaleza equivale a lo que no posea de sí mismo. Al cabo, el antiguo precepto, “Conócete a ti mismo”, y el precepto moderno, “Estudia la naturaleza”, se convierten en una sola máxima.

II. La siguiente gran influencia en el espíritu del escolar es el pasado, en cualquier forma, sea la literatura, el arte, las instituciones, en que se inscriba. Los libros son el mejor ejemplo de la influencia del pasado, y tal vez sepamos la verdad —y conozcamos la extensión de su influencia de un modo más adecuado— al considerar

su valor.

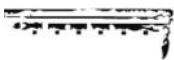
La teoría de los libros es noble. El escolar recibió al principio el mundo que le rodeaba; se nutrió de él; le dio la nueva disposición de sí mismo y lo puso en circulación. Llegó a él como vida y salió de él como verdad. Llegó a él en forma de acciones efímeras y salió de él en forma de pensamientos inmortales. Llegó a él como una ocupación y salió de él como poesía. Era un hecho pasado; ahora es un pensamiento ágil. Se sostiene y sigue. Perdura, vuela, inspira. En proporción a la profundidad mental de la que sale, se remonta y canta.

Podría decir que depende del punto al que haya llegado el proceso de transmutar la vida en verdad. Si la destilación es completa, lo será la pureza e inalterabilidad del producto. Pero ninguno es tan perfecto. Igual que ninguna burbuja de aire puede lograr un vacío perfecto, ningún artista puede excluir por completo lo convencional, lo local, lo perecedero de su libro, ni escribir un libro de pensamiento puro tan eficiente en todos los aspectos para una remota posteridad como lo es para sus contemporáneos o para una segunda época. Cada época debe escribir sus propios libros, o más bien cada generación para la siguiente. Los libros de un periodo más antiguo no le sirven.

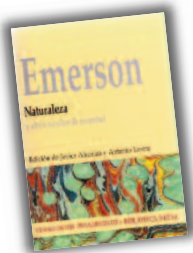
Sin embargo, se da aquí una grave equivocación. El carácter sagrado del acto de la creación —el acto de pensamiento— se transfiere instantáneamente al registro. El poeta en su canto fue considerado un hombre divino. En consecuencia lo es también el canto. El escritor era un espíritu preciso y sabio. En consecuencia, se dice que el libro es perfecto, igual que el amor al héroe se corrompe en la adoración de su estatua. El libro se vuelve nocivo al instante. El guía es un tirano. Buscábamos a un hermano y de repente encontramos a un gobernante. La multitud perezosa y perversa, siempre reacia a aceptar las incursiones de la razón, una vez las acepta, una vez recibe el libro, se apoya en él y arma un alboroto si se le desacredita. Las universidades se levantan sobre el libro. Los pensadores, no el hombre que piensa, escriben libros sobre el libro; hombres de talento, es decir, que empiezan mal, que parten de dogmas establecidos y no de sus propios principios. Débiles jóvenes que crecen en las bibliotecas y consideran su deber aceptar las opiniones de Cicerón, de Locke, de Bacon, olvidándose de que Cicerón, Locke y Bacon eran sólo jóvenes en las bibliotecas cuando escribieron sus libros.

Así, en lugar del hombre que piensa, tenemos a la rata de biblioteca. Así, la clase de instruidos en los libros, que valora los libros por sí mismos, no en relación con la naturaleza y la constitución humana, sino como una especie de tercer estado junto al mundo y el alma. Así, los restauradores de lecturas, los enmendadores, los bibliomaniacos de todas clases.

Esto es malo, peor de lo que parece. Bien usados, los libros son lo mejor que hay; si se abusa de ellos, lo peor. ¿Cuál es su uso correcto? ¿Cuál es el único fin que todos los medios buscan? No tratan sino de inspirar. Preferiría no haber visto nunca un libro que desviarme de mi órbita a causa de su atracción, y convertirme en satélite en lugar de ser un sistema. Lo único que tiene valor en el mundo es el alma activa, el alma libre, soberana, activa. Todos los hombres tienen derecho a ella; todos los hombres la albergan, aunque en casi todos esté obstruida y casi no haya nacido. El alma activa ve la verdad absoluta, y dice la verdad o la crea. En esa acción, es el genio; no un privilegio, aquí y allá un favorito, sino el estado sano de cualquier hombre. En su esencia, es progresiva. El libro, la universidad, la escuela de arte, cualquier institución, se detienen ante cualquier asomo de genio. Esto es bueno, dicen; apoyémonos aquí. El libro, la universidad, la institución me sostienen. Miran atrás, no hacia delante. Pero el genio siempre mira hacia delante. Los ojos del hombre están en su frente, no en la nuca. El hombre espera. El genio crea. Crear, crear, es la prueba de una presencia divina. Cualquiera que sea su talento, si el hombre no crea, el efluvio puro de la deidad no es suyo: habrá ceniza y humo, pero no llama. Hay modales creativos, acciones creativas y palabras creativas: modales, acciones, palabras que no indican costumbre ni autoridad, sino brotes espontá-



LIBROS



RALPH WALDO EMERSON Naturaleza y otros escritos de juventud

neos del sentido humano de lo que es bueno y hermoso.

De otro modo, en lugar de ser su propio vidente, el hombre recibe de otro su verdad, aunque sea en torrentes de luz, sin periodos de soledad, búsqueda y recuperación, y se le hace un mal favor. El genio es siempre el enemigo del genio por un exceso de influencia. La literatura de cualquier nación me tiene de testigo. Los poetas dramáticos ingleses han shakespearizado durante doscientos años.

Sin duda hay un modo adecuado de leer, estrictamente subordinado. El hombre que piensa no ha de estar sometido a sus instrumentos. Los libros son para el momento de ocio del escolar. Cuando puede leer a Dios directamente, la hora es demasiado preciosa para perderla en las transcripciones de las lecturas de otros. Pero cuando se producen los intervalos de oscuridad, que no faltan nunca, cuando el alma no ve, cuando el sol se esconde y las estrellas no brillan, recurrimos a las lámparas encendidas para que sus rayos nos guíen de nuevo hacia el este, por donde amanece. Oímos para poder hablar. El proverbio árabe dice: “Una higuera frente a otra higuera da sus frutos”.

Es curioso el placer que obtenemos de los mejores libros. Imprimen en nosotros la convicción de que una misma naturaleza escribe y lee. Leemos los versos de alguno de los mejores poetas ingleses, Chaucer, Marvell, Dryden, con el mayor goce moderno, con un placer causado en gran parte por la abstracción de cualquier época de sus versos. Hay cierto espanto mezclado en el goce de nuestra sorpresa cuando este poeta, que vivió en un mundo pasado, hace doscientos o trescientos años, dice lo que está más cerca de mi alma, lo que yo podría haber pensado y dicho. Pero, como prueba de la doctrina filosófica de la identidad de todas las almas, habríamos de suponer una armonía preestablecida, la previsión de almas por venir y una preparación para sus necesidades futuras, como el hecho observado en los insectos, que almacenan la comida antes de morir para las larvas que no verán nunca.

Ni el amor del sistema ni la exageración de los instintos me llevan a menospreciar el Libro. Sabemos que, igual que el cuerpo humano puede alimentarse con cualquier cosa, aunque sea hierba hervida y suela de zapatos, el alma puede alimentarse de cualquier conocimiento. Ha habido grandes y heroicos hombres que no tenían otra información que la página impresa. Sólo añadiría que hace falta una firme cabeza para soportar esa dieta. Hay que ser un inventor para leer bien. Como dice el proverbio, “quien quiera traer a casa la riqueza de las Indias debe cargar con la riqueza de las Indias”. Hay una lectura creativa como hay una escritura creativa. Cuando el alma se forja en el trabajo y la invención, la página de cualquier libro es tan grande como el mundo. Entonces vemos lo que siempre es cierto, que igual

que la hora de visión del vidente es breve y rara entre los pesados días y meses, su recuerdo es, tal vez, la parte menor de su volumen. El hombre capaz de discernir leerá en su Platón o en su Shakespeare sólo aquella parte menor —sólo las auténticas expresiones del oráculo—, y desechará lo demás, como si hubiera ya bastante de Platón y Shakespeare.

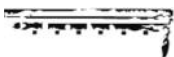
Por supuesto, hay una cantidad de lecturas indispensable para un sabio. Debe aprender la historia y las ciencias mediante una laboriosa lectura. Las universidades, de igual modo, tienen su cometido indispensable: enseñar lo elemental. Pero sólo pueden servirnos de un modo superior cuando no tratan de inculcar, sino de crear; cuando reúnen de lejos cada rayo de genios diversos en sus hospitalarias aulas y, concentrando el fuego, encienden el corazón de sus jóvenes. El pensamiento y el conocimiento son naturalezas en las que el aparato y la pretensión no sirven de nada. Las togas, y las fundaciones pecuniarias, aunque en ciudades de oro, no valen lo que la menor sentencia o sílaba de ingenio. Olvidaos de eso y todas nuestras universidades americanas retrocederán en importancia pública mientras se hacen más ricas cada día.

III. Circula por el mundo la idea de que el escolar habría de ser un recluso, un enfermo, incapaz de cualquier trabajo manual o empleo público, como una navaja en comparación con un hacha. Los supuestos “hombres prácticos” se ríen de los hombres especulativos como si, debido a que especulan o *ven*, no pudieran hacer nada. He oído decir que a los clérigos —que siempre han sido, más que ninguna otra clase, los escolares de su época— se les habla como a las mujeres, que la conversación ruda, espontánea de los hombres no es para sus oídos, sino una forma de hablar remilgada y diluida. Se los priva de derechos con frecuencia y, de hecho, abogan por su celibato. En la medida en que esto sea cierto de la clase estudiosa, no es justo ni sensato. La acción es subordinada en el escolar, pero esencial. Sin ella no sería un hombre. Sin ella, el pensamiento no puede madurar en la verdad. Mientras el mundo cuelgue ante los ojos como una nube de belleza, no podremos ver su belleza. La inacción es cobardía, pero no podría haber ningún escolar que no fuera heroico. El preámbulo del pensamiento, la transición por la que pasa de lo inconsciente a lo consciente, es acción. Sólo sé en la medida en que he vivido. Sabemos en seguida qué mundos están llenos de vida y cuáles no.

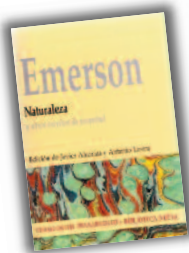
El mundo, esa sombra del alma, u *otro yo*, se extiende alrededor. Sus atractivos son las llaves que abren mis pensamientos y me permiten conocerme. Me apresuro hacia ese tumulto bullicioso. Estrecho las manos de quienes están a mi lado y ocupo mi lugar para sufrir y trabajar, guiado por el instinto de que así el mudo abismo tendrá voz. Hago pedazos su orden, disipo su temor, dispongo de él en el circuito de mi vida expansiva. Sólo conozco la vida por experiencia en la medida en que he conquistado el desierto y lo he cultivado, o extendido mi ser, mi dominio. No veo por qué habría nadie de ahorrarse, para velar por sus nervios y su sueño, una acción en la que pudiera participar. Serían perlas y rubíes en su discurso. El trabajo monótono, la desgracia, la exasperación, la necesidad instruyen en elocuencia y sabiduría. El verdadero escolar lamenta cada oportunidad de acción que deja pasar como una pérdida de poder.

La acción es la materia prima con la que la inteligencia moldea sus espléndidos productos. Un proceso extraño, por el que la experiencia se convierte en pensamiento, como una hoja de morera se convierte en seda. La manufactura no se detiene nunca.

Las acciones y acontecimientos de nuestra infancia y juventud son ahora materia de una observación más tranquila. Son hermosas imágenes en el aire. No es así con nuestras acciones recientes, con las ocupaciones que ahora llevamos entre manos. No somos capaces de especular al respecto. Nuestros afectos aún circulan por ellas. En cuanto sentimos o sabemos algo, sentimos los pies, o la mano, o el cerebro de nuestro cuerpo. El nuevo hecho es una parte de la vida, sigue estando durante un tiempo inmerso



LIBROS



RALPH WALDO EMERSON Naturaleza y otros escritos de juventud

en nuestra vida inconsciente. En alguna hora de contemplación, se separa de la vida como una fruta madura para convertirse en pensamiento. En seguida se eleva, transfigurado; lo corruptible ha dejado de serlo. Ahora será un objeto de belleza, por inferiores que sean su origen y circunstancias. Observad la imposibilidad de adelantarnos a este hecho. En su estado larvario, no puede volar, no puede brillar; es una larva torpe. Pero, de repente, sin darnos cuenta, desarrolla alas hermosas y es un ángel de sabiduría. No hay un hecho, un acontecimiento de nuestra historia personal que antes o después no pierda su forma inerte y nos sorprenda remontándose desde nuestro cuerpo hasta el empíreo. La cuna y la infancia, la escuela y el campo de juegos, el temor de los muchachos, los perros, la fécula, el amor de las doncellas y las gresollas, y muchas otras cosas que una vez llenaron el cielo, han desaparecido; el amigo y el pariente, la profesión y el partido, la ciudad y el país, la nación y el mundo aún deben elevarse y cantar.

Por supuesto, quien haya puesto toda su fuerza en acciones adecuadas obtendrá el mayor rendimiento de sabiduría. No me apartaré de este globo de acciones ni trasplantaré un roble en un macizo de flores, para que adolezca y se incline, ni confiaré en los ingresos de una sola facultad, ni agotaré una vena de pensamiento, como aquellos saboyanos que, ganándose la vida con la talla de pastores y pastoras, y holandeses con pipa, para toda Europa, fueron un día a la montaña para procurarse la madera y descubrieron que habían cortado hasta el último de sus pinos. Hay muchos autores que escriben hasta agotar su inspiración y que, llevados por una encomiable prudencia, navegan a Grecia o Palestina, siguen al trampero por la pradera o vagabundean por Argelia para colmar su reserva de mercancías.

Aunque sólo fuera por el vocabulario, el escolar estaría ávido de acción. La vida es nuestro diccionario. Los años están bien empleados en las labores del campo, en la ciudad, inmiscuidos en el comercio y la manufactura, en franco intercambio con muchos hombres y mujeres, en la ciencia, en el arte, con el fin de dominar todos los hechos en una lengua con la que ilustrar y dar cuerpo a nuestras percepciones. Cpto enseguida en cualquier orador cuánto ha vivido por la pobreza o esplendor de su discurso. La vida yace a nuestras espaldas como la cantera de donde extraemos las losas y los remates para la construcción. Éste es el modo de aprender la gramática. Las universidades y los libros se limitan a copiar la lengua que los campos y los patios de trabajo producen.

Pero el valor final de la acción, como el de los libros, y superior al de los libros, consiste en ser un recurso. Conocemos el gran principio de la ondulación en la naturaleza, que se muestra en la aspiración y expiración del aliento, en el deseo y la saciedad, en el flujo de las mareas, en el

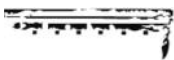
día y la noche, en el calor y el frío, y aún más en cada átomo y cada fluido, con el nombre de polaridad: esos “ajustes de transmisión y reflexión”, como Newton los llamó, son la ley de la naturaleza porque son la ley del espíritu.

Pensamos, actuamos, y cada ajuste reproduce el otro. Cuando el artista agota su material, cuando la fantasía ya no pinta, cuando ya no capta los pensamientos y los libros son un fastidio, aún tiene el recurso de *vivir*. El carácter es superior a la inteligencia. Pensar es la función. Vivir es el funcionario. La corriente se remonta a su fuente. Un alma grande tendrá fuerzas para vivir tanto como para pensar. ¿Carece de órgano o medio para impartir sus verdades? El artista puede retomar esta fuerza elemental de vivir esas verdades. Es un acto total. Pensar es un acto parcial. Que la grandeza de la justicia brille en sus asuntos. Que la belleza del afecto alegre su humilde techo. Aquéllos que están “lejos de la fama” y habitan y actúan con él sentirán la fuerza de su constitución en los hechos y momentos del día mejor de lo que podría medirse por un ejercicio público y previsto. El tiempo le enseñará que el escolar no pierde el tiempo en que el hombre vive. De ahí brota la semilla sagrada de su instinto, a salvo de la influencia. Lo que se pierde en decoro se gana en fortaleza. El gigante propicio que destruirá lo viejo o edificará lo nuevo no proviene de aquéllos en quienes los sistemas de educación han agotado su cultura, sino que Alfredo y Shakespeare resultan de la insólita naturaleza salvaje, de los terribles druidas y *berserkirs*.

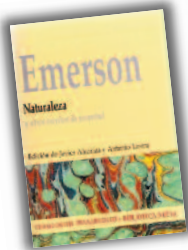
Por ello oigo con placer lo que empieza a decirse de la dignidad y la necesidad del trabajo de cualquier ciudadano. Aún hay virtud en la azada y el arado en manos doctas e indoctas. El trabajo es bien recibido en cualquier parte; siempre estamos invitados a trabajar, con esta salvedad: que nadie sacrificará una opinión, en aras de una actividad mayor, a los juicios y modos de actuación populares.

He hablado de la educación del escolar por medio de la naturaleza, de los libros y de la acción. Queda algo por decir de sus deberes.

Lo son del hombre que piensa. Pueden resumirse en la confianza en sí mismo. El oficio del escolar es alegrar, elevar y guiar a los hombres mostrándoles los hechos en medio de las apariencias. Desempeña la lenta, inadvertida e impagada tarea de la observación. Flamsteed y Herschel, en sus observatorios de cristal, catalogan las estrellas con las alabanzas de los hombres y, al ser espléndidos y útiles los resultados, tienen asegurado el mérito. Pero quien, en su observatorio privado, cataloga oscuras y nebulosas estrellas de la mente humana, en las que nadie ha reparado —observando durante días y meses, a veces, para anotar algunos hechos que corrigen sus antiguos registros—, debe renunciar al reconocimiento y la fama inmediata. En el largo periodo de su preparación, revelará a menudo su ignorancia e incapacidad para las artes populares e incurrirá en el desprecio de los expertos, que lo relegarán. Balbuceará al hablar y a menudo antepondrá los muertos a los vivos. Aún peor, tendrá que aceptar, con demasiada frecuencia, la pobreza y la soledad. A la facilidad y el placer de seguir el camino trillado, aceptar las modas, la educación, la religión de la sociedad, prefiere la cruz de seguir su camino y aceptar, por supuesto, la abnegación, el descorazonamiento, la recurrente incertidumbre y pérdida de tiempo que son las ortigas y enredaderas en el camino de la confianza en sí mismo y en su propia dirección, y el estado de hostilidad virtual en el que parece encontrarse en sociedad, especialmente en la sociedad educada. ¿Qué compensación hay para todas esas pérdidas y desprecio? Ha de encontrar consuelo en ejercer las más elevadas funciones de la naturaleza humana. Es él quien se eleva por encima de las consideraciones personales y respira y vive entre pensamientos públicos e ilustres. Él es el ojo del mundo. Es el corazón del mundo. Ha de resistir la prosperidad vulgar que retrocede hasta la barbarie por medio de la preservación y la comunicación de sentimientos heroicos, biografías nobles, versos melódicos y las conclusiones de la historia. Cualesquiera que sean los oráculos que el corazón humano, en



LIBROS



RALPH WALDO EMERSON Naturaleza y otros escritos de juventud

todas las emergencias, en todas las horas solemnes, haya pronunciado para comentar el mundo de las acciones, el escolar los habrá recibido e impartido. Cualquiera que sea el nuevo veredicto que la razón dicte desde su inviolable sede sobre los hombres y acontecimientos efímeros, el escolar lo oír y lo promulgará.

Siendo éstas sus funciones, le corresponde sentir la confianza en sí mismo y no inclinarse nunca ante el clamor popular. El escolar, y sólo él, conoce el mundo. El mundo de cualquier momento es mera apariencia. Cierta gran decoro, el fetiche de un gobierno, un comercio efímero, o la guerra, o el hombre, son vitoreados por media humanidad y vituperados por la otra media, como si todo dependiera de ese particular toma y daca. Lo extraño es que la cuestión no merece la menor atención que el escolar haya prestado a la controversia. Que no abandone su creencia de que una pistola de aire comprimido es una pistola de aire comprimido, aunque los honorables ancianos de la tierra digan que se trata del Juicio Final. En silencio, con determinación, en su severa abstracción, el escolar se sostiene solo; añade una observación a otra, a pesar del descuido, a pesar del reproche, y espera su oportunidad, feliz por sentir la satisfacción de haber hoy visto verdaderamente algo. El éxito sigue a cada paso correcto. El instinto le lleva a decirle a su hermano lo que piensa. Se da cuenta de que al descender a sus propios secretos, ha descendido a los secretos de todos. Se da cuenta de que quien sigue una ley en sus pensamientos, dominará en la misma medida a los hombres cuya lengua habla y a aquéllos a cuya lengua puede traducirse la suya. El poeta que, en completa soledad, recuerda sus pensamientos espontáneos y los registra, descubre que ha registrado lo que los habitantes de pobladas ciudades consideran que también es cierto. El orador desconfía al principio de que su franca confesión sea adecuada, hasta que descubre que es el complemento de sus oyentes, que beben sus palabras porque colma para ellos su naturaleza. Cuanto más excave en sus presentimientos más íntimos, con más sorpresa encontrará el escolar la verdad más aceptable, pública y universal. La gente se solaza con ella. La parte mejor de cada hombre sentirá: ésa es mi música, ése soy yo.

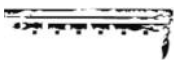
Todas las virtudes están comprendidas en la confianza en sí mismo. El escolar ha de ser libre, libre y valiente. Libre incluso de la definición de libertad, “sin otro obstáculo que no surja de su constitución”. Valiente, porque el temor es algo que un escolar, por su función, deja tras de sí. El miedo surge siempre de la ignorancia. Es una vergüenza para el escolar que su tranquilidad, en tiempos de peligro, resida en la presunción de que, como los niños y las mujeres, pertenece a una clase protegida; o que busque una paz temporal apartando sus pensamientos de las cuestiones políticas o molestas y escondiendo la

cabeza como una ostra en cestos de flores, asomándose a los microscopios, entonando rimas, como un muchacho que silba para infundirse valor. El peligro, así, sigue siendo peligro, como el peor de los temores. La valentía le permite encararlo. Ha de contemplarlo de frente e indagar su naturaleza, rebuscar su origen — asistir al parto del león—, que no está lejos. Entonces hallará en sí mismo una perfecta comprensión de su naturaleza y extensión. Abarcará el peligro, podrá desafiarlo y superarlo. El mundo es de quien capta lo que se propone. Qué sordera, qué costumbre, qué error tan grande se producen sólo por el sufrimiento, por nuestro sufrimiento. Consideradlo una mentira y habréis resistido su embate mortal.

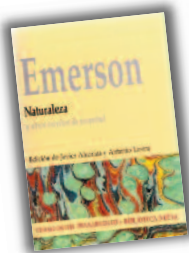
Sí, estamos acobardados, carecemos de confianza. Es una idea errónea la de que hemos llegado tarde a la naturaleza, que el mundo se acabó hace mucho tiempo. Igual que el mundo es dúctil y fluido en las manos de Dios, lo son muchos de sus atributos cuando llegamos a él. Para la ignorancia y el pecado es un pedernal, y se adaptan como pueden; pero en la medida en que el hombre tiene algo de divino, el firmamento fluye ante él y toma su sello y su forma. No es grande quien puede alterar la materia, sino quien puede alterar mi estado de ánimo. Los reyes del mundo le dan el color de sus pensamientos a la naturaleza y al arte, y persuaden a los hombres por la jovial serenidad con la que manejan los asuntos: lo que hacen es la manzana que los siglos querían coger, por fin madura, e invitan a las naciones a la cosecha. El gran hombre hace grandes las cosas. Donde se sienta Macdonald está el asiento principal. Lineo convierte la botánica en el estudio más atractivo gracias al granjero y la herbolaria. Davy la química y Cuvier los fósiles. El día es de quien trabaja con serenidad y grandes miras. Las inestables estimaciones de los hombres rodean a quien posee la verdad, como las olas inmensas del Atlántico siguen a la luna.

Gracias a esta confianza en sí mismo, la razón es más profunda de lo que puede sondearse, más oscura de lo que podría ser iluminada. No podría llevar conmigo el sentimiento de mi público al afirmar mi creencia. Pero ya he mostrado el fundamento de mi esperanza al señalar la doctrina de que el hombre es uno. Creo que el hombre ha sido engañado: se ha engañado a sí mismo. Casi ha perdido la luz que puede devolverle sus prerrogativas. Los hombres han perdido importancia. En la historia, en el mundo actual, los hombres son insectos, larvas, y los llaman “masa” y “rebaño”. En un siglo, en un milenio, dos o tres hombres, es decir, una o dos aproximaciones al verdadero estado de cualquier hombre. Los demás contemplan en el héroe o el poeta su ser verde y crudo ya maduro; sí, y se contentan con ser menos, *para* alcanzar toda su estatura. Qué testimonio lleno de grandeza, de piedad, ofrece la exigencia que el miembro de un clan, el fiel partidario que se regocija en la gloria de su jefe, plantea a su naturaleza. El pobre y el inferior proponen algunas enmiendas a su inmensa capacidad moral con su aquiescencia a una inferioridad política y social. Se resignan a ser apartados como moscas del camino de una gran persona para que pueda hacer justicia a la naturaleza común que todos desean ver aumentada y glorificada. La luz del gran hombre es su sol, y se sienten en su elemento. Arrojan la dignidad del hombre de su ser oprimido sobre los hombros del héroe, y perecerán por añadir una gota de sangre para que ese gran corazón pueda latir y esos músculos gigantescos combatir y conquistar. El héroe vive por nosotros y nosotros vivimos en él.

Tal como son, los hombres buscan naturalmente dinero o poder, y el poder porque es tan bueno como el dinero: los llamados “despojos” del cargo. ¿Por qué no? Aspiran a lo más elevado y, al soñar despiertos, creen que eso es lo más elevado. Despertados y pondrán a un lado los falsos bienes y saltarán hacia la verdad, dejando los gobiernos a los empleados y las oficinas. Esta revolución tendrá lugar mediante la domesticación gradual de la idea de cultura. El propósito más claro del mundo en esplendor, en extensión, es la edificación de un hombre. Los materiales están esparcidos por el suelo. La vida privada de un hombre será una monarquía más ilustre, más formidable para su



LIBROS



RALPH WALDO EMERSON Naturaleza y otros escritos de juventud

enemigo, más dulce y serena en su influencia sobre el amigo, que cualquier reino de la historia. Pues, bien mirado, un hombre comprende las naturalezas particulares de todos los hombres. Cada filósofo, cada bardo, cada actor han hecho por mí, como delegados, lo que un día haré por mí mismo. Hemos agotado los libros que una vez valoramos más que la niña de nuestros ojos. Lo cual es como decir que hemos llegado al punto de vista que el alma universal adopta mediante los ojos de un escriba; hemos sido ese hombre y seguimos. Primero uno, luego otro; hemos secado las cisternas, y crecidos con las provisiones, anhelamos una comida mejor y más abundante. No ha vivido quien pueda alimentarnos para siempre. El hombre no puede ser venerado en una persona que interpondrá una barrera que nos separe de ese imperio ilimitado, ilimitable. Hay un fuego central que surge de la boca del Etna e ilumina los cabos de Sicilia, y que desde la chimenea del Vesubio ilumina las torres y viñas de Nápoles. Es una luz que irradia de mil estrellas. Un alma que anima a todos los hombres.

Tal vez me haya demorado tediosamente en esta abstracción del escolar. No debería tardar en añadir lo que tengo que decir, refiriéndome más de cerca de esta época y este país.

Históricamente se ha pensado que hay una diferencia en las ideas que predominan en épocas sucesivas y que hay datos para señalar el genio de la época clásica, de la romántica y ahora de la reflexiva o filosófica. Con la perspectiva que he adoptado de la unidad o identidad de todos los individuos, no me detendré en estas diferencias. De hecho, creo que todos los individuos atraviesan las tres épocas. El muchacho es un griego; el joven, romántico; el adulto, reflexivo. No niego, sin embargo, que pueda producirse una revolución en la idea dominante.

Lamentamos que la nuestra sea una época de introversión. ¿Es necesariamente mala? Al parecer, somos críticos. Nos detienen las segundas intenciones. No disfrutamos de nada porque anhelamos saber en qué consiste el placer. Nos dejamos llevar por los ojos. Vemos con los pies. El tiempo está infectado con la infelicidad de Hamlet, “enfermizos con el pálido semblante del pensamiento”.

¿Está todo tan mal? La vista es lo último que habríamos de lamentar. ¿Preferiríamos estar ciegos? ¿Nos da miedo perder de vista la naturaleza y a Dios, y apurar la verdad? Considero que el descontento de la clase literaria pone de relieve que ya no comparte el estado de ánimo de sus padres y lamenta el siguiente por desconocido, igual que a un muchacho le da miedo el agua antes de aprender a nadar. Si hay algún periodo en el que desearíamos nacer no es la época de la revolución, cuando lo viejo y lo nuevo están frente a frente y toleran la comparación, cuando el temor y la esperanza ponen a prueba las energías de

los hombres, cuando las glorias históricas de antaño quedan compensadas por las ricas posibilidades de la nueva era. Esa época, como todas, sería muy buena si supiéramos qué hacer con ella.

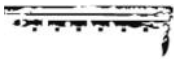
Leo con alegría las señales favorables de los días futuros conforme resplandecen en la poesía y el arte, la filosofía y la ciencia, la Iglesia y el Estado.

Una de esas señales es el hecho de que el mismo movimiento que eleva la supuesta clase inferior del Estado asume en literatura un aspecto tan destacado como beneficioso. En lugar de lo sublime y hermoso, se explora y poetiza lo cercano, lo inferior, lo común. Lo que habían descuidado quienes se aprovisionaban para largos viajes a lejanos países es ahora más fértil que lo exótico. La literatura del pobre, los sentimientos infantiles, la filosofía de la calle, el significado de la vida doméstica son los tópicos de la época. Es un gran paso. Es una señal —¿no es así?— de un nuevo vigor, cuando las extremidades se muestran activas, cuando las corrientes cálidas de la vida corren por las manos y los pies. No busco lo grande, lo remoto, lo romántico, lo que se hace en Italia o Arabia, el arte griego o la poesía provenzal; abrazo lo común, exploro y me siento a los pies de lo familiar, de lo inferior. Dejarme ver este día y tendréis los mundos antiguos y futuros. En realidad, ¿de qué conocemos el significado? La harina en el barril, la leche en el cazo, la balada en la calle, las noticias del barco, la mirada del ojo, la forma y el garbo del cuerpo: mostradme la última razón de estas cosas, mostradme la sublime presencia de la más elevada causa espiritual que se cierne, como siempre lo hace, en estos suburbios y extremidades de la naturaleza; dejadme que vea la resplandeciente trivialidad con la polaridad que alcanza instantáneamente una ley eterna, y la tienda, el arado, el pentagrama, en referencia a la misma causa de la ondulación de la luz y el canto del poeta, y el mundo ya no será una torpe miscelánea y una estancia atestada de antiguallas, sino que tendrá forma y orden. No hay nada trivial, no hay enigma, sino un diseño que une y anima el pináculo más encumbrado y la trinchera más honda.

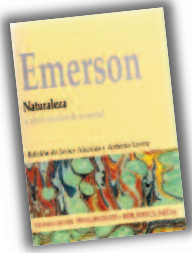
Esta idea ha inspirado el genio de Goldsmith, Burns, Cowper y, recientemente, de Goethe, Wordsworth y Carlyle, que han seguido esa idea a su manera y con distinto éxito. En contraste con su escritura, el estilo de Pope, de Jonson, de Gibbon, parece frío y pedante. Esa escritura es de sangre caliente. Al hombre le sorprende descubrir que las cosas cercanas no son menos hermosas y maravillosas que las remotas. Lo cercano explica lo lejano. Esta percepción del valor de lo vulgar es fructífera en hallazgos. Goethe, en este aspecto el más moderno de los modernos, nos ha enseñado, como nadie antes, el genio de los antiguos.

Hay un hombre de genio que ha hecho mucho por esta filosofía de la vida, cuyo valor literario no se ha estimado como es debido: me refiero a Emmanuel Swedenborg. El más imaginativo de los hombres, aunque escribiera con la precisión de un matemático, se esforzó por inculcar una ética puramente filosófica en el cristianismo popular de su época. Ese intento, por supuesto, se enfrentaba a dificultades que ningún genio podía superar. Pero Swedenborg vio y mostró la relación entre la naturaleza y los afectos del alma. Separó el carácter emblemático o espiritual del mundo visible, audible y tangible. Especialmente, su musa sombría se cernió sobre las partes inferiores de la naturaleza y las interpretó; mostró el misterioso vínculo que une el mal moral con las groseras formas materiales, y ofreció en parábolas épicas una teoría de la locura, de las bestias, de todo lo sucio y temible.

Otra señal de los tiempos, marcada por un movimiento político análogo, es la nueva importancia dada a la persona en singular. Todo lo que tiende a aislar al individuo, a rodearlo de barreras de respeto natural, de modo que todos los hombres sientan que el mundo es suyo y el hombre trate al hombre como un estado soberano trata a otro estado soberano, tiende a una verdadera unión tanto como a la grandeza. “He comprendido —dijo el melancólico Pestalozzi—, que nadie en la ancha tierra de Dios desea o es capaz de ayudar a nadie.” La ayuda ha de venir únicamente del interior. El escolar es quien debe tomar sobre sí todo aquello



LIBROS



RALPH WALDO EMERSON **Naturaleza y otros escritos de juventud**

de lo que el tiempo es capaz, las contribuciones del pasado, las esperanzas del futuro. Ha de ser una universidad de conocimientos. Si alguna lección ha de penetrar en sus oídos es ésta: el mundo no es nada, el hombre es todo; en ti mismo está la ley de la naturaleza y aún no sabes cómo asciende una gota de savia; en ti sueña toda la razón; a ti te toca saberlo todo, atreverte a todo. Señor presidente, caballeros, esta confianza en el poder inexplorado del hombre pertenece por todos los motivos, por todas las profecías, por toda la preparación, al escolar americano. Ya hemos oído bastante a las musas cortesanas de Europa. El espíritu del hombre libre de América ya no quiere ser tímido, imitativo, pacato. La avaricia pública y privada hace el aire que respiramos pesado y denso. El escolar es decente, indolente, complaciente. Ved las trágicas consecuencias. Este país enseña a dirigirse a objetos nimios, a devorarse a sí mismo. No hay trabajo más que para el mojigato y el complaciente. Jóvenes de las más hermosas promesas, que empiezan a vivir en estas orillas, henchidos del viento de las montañas, resplandecientes por el brillo de todas las estrellas de Dios, no encuentran la tierra bajo sus pies con esas miras, sino que se ven impedidos de obrar por el disgusto que les inspiran los principios de los negocios, y se vuelven torpes o se mueren de disgusto, suicidas algunos de ellos. ¿Cuál es el remedio? No ven aún, y miles de jóvenes tan esperanzados que ahora atestan las barreras para la carrera tampoco, que si el hombre se planta indomable sobre sus instintos, y se hace fuerte, el mundo entero girará a su alrededor. Paciencia, paciencia; con las sombras de todo lo bueno y grande por compañía, por solaz la perspectiva de nuestra vida infinita y como trabajo el estudio y la comunicación de los principios, hasta lograr que prevalezcan esos instintos, la conversión del mundo. La principal desgracia del mundo es la de no ser una unidad, no ser tenido en cuenta como carácter, no recoger el fruto peculiar que cada hombre ha sido creado para dar, y ser contado en el montón, entre cientos, o miles, en el grupo, en la sección a la que pertenecemos, y que nuestra opinión se prediga geográficamente, del norte o del sur. Nada de eso, hermanos y amigos, gracias a Dios, nosotros no. Andamos con nuestros pies, trabajamos con nuestras manos, decimos lo que pensamos. El estudio de las letras ya no será un nombre para la piedad, la duda y la indulgencia sensual. El temor del hombre y el amor del hombre serán un muro de defensa y una corona de alegría a nuestro alrededor. Por primera vez habrá una nación de hombres, porque cada uno se creará inspirado por el Alma Divina que inspira también a todos los demás.